PELUQUEROS INSTITUCIONALES

Escribe:

IGNACIO MARTIN BARO

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Sería interesante conocer cuántos peluqueros se han visto seriamente afectados en la marcha de su negocio a causa de la moda del pelo largo. En algunas ciudades, con más o menos sentido del humor, los "fígaros" han hecho sus proclamas de protestas, aun cuando no parece que hayan obtenido gran éxito. Para quienes en su juventud vivieron la moda del "cepillo", y hasta gozaron con la excentricidad "budesca" de Yul Brinner, la melena en los jóvenes no es más que una señal de afeminamiento. Y son muchas las instituciones y organizaciones que exigen de su personal una longitud moderada en su cabellera.

Pero no vamos aquí a comentar el sentido o contrasentido de la melena masculina. Pretendemos analizar, muy brevemente, una costumbre profundamente arraigada entre nosotros, y que hoy, dada la moda masculina, parece ser más hiriente y llamativa: el corte de pelo forzoso a aquellos que ingresan en ciertas instituciones. En un ambiente de festividad, los novatos universitarios se verán perseguidos por sus compañeros de segundo curso, quienes, armados de las correspondientes tijeras, les perseguirán por todas partes hasta conseguir el trofeo de sus "colochos". A los aspirantes a la Escuela Militar se les exigirá una visita de rigor al peluquero, quien tratará de dejar su pelo al nivel más ínfimo posible. Y quienes, por una u otra razón, pasan por las manos de la policía —acusados, normalmente, de consumir marihuana— serán sometidos a una inclemente "peloneada", con la cual se pretende dejarles un recuerdo de su mal comportamiento social.

Estamos ante tres situaciones bien diferentes. Mientras el aspirante a militar se somete voluntariamente al corte de pelo, el universitario en ciernes lo hace entre gozoso e indignado, y el supuesto consumidor de marihuana... porque no le queda más remedio. En los tres casos, el hecho es el mismo: corte de pelo. Sin embargo, las reacciones son muy diferentes. ¿Por qué? No nos parece una respuesta adecuada limitarse a aducir la voluntariedad o involuntariedad del sujeto. Precisamente el problema estriba en el porqué de esa voluntariedad o involuntariedad.

Si analizamos con ojos desapasionados estos hechos, llegaremos ante todo a la conclusión de que el corte del pelo constituye un auténtico rito de iniciación. En todas las épocas y en todas las culturas, los grupos sociales han exigido a aquellos que pretenden ser sus miembros pasar por ciertas pruebas, superar ciertos requisitos, someterse a determinadas prácticas. Estas pruebas, requisitos o prácticas llegan a institucionalizarse bajo la forma de ritos. Así, por ejemplo, los ritos puberales, los ritos prematrimoniales, los ritos de sangre, etc. Anotemos, como dato curioso, que el rito de pubertad entre los indios yagüas y tikunes de la Amazonia (región donde colindan Colombia, Brasil y Perú) recibe el nombre de rito de la "pelazón".

Es importante subrayar cómo la mayoría de estos rituales de iniciación exigen una prueba dolorosa al sujeto: sumergirse en el agua, afrontar la oscuridad y la soledad de la noche, la amputación o herida de alguna parte de su cuerpo... Es la muerte anterior a la vida, la noche de

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

la que surge el día, la sangre de la regeneración. Cada cultura adoptará sus formas peculiares y delimitará aquellos momentos en que los individuos deban afrontar los ritos de iniciación. Sin embargo, el sentido básico de estos rituales se mantiene idéntico en las culturas y épocas más diversas. Como señalaba cierto autor, uno de los problemas que debe afrontar el adolescente actual es que no encuentra un rito de iniciación claramente delimitado, cuyo paso le introduzca de pleno derecho en el grupo de los adultos. Gran parte de las características del adolescente actual se deberían —según ese mismo autor— a esta ausencia de un ritual definido y definidor.

Ahora bien, ¿qué significado concreto tiene el corte de pelo como rito de iniciación? ¿A qué necesidad social responde? ¿Qué fuerzas profundas llevan a nuestra sociedad, que se pretende positivista y pragmática, a aceptar este aparente anacronismo cultural? Un comentario como el presente no nos permite extendernos en el análisis. Sin embargo, algunas indicaciones de tipo psicoanalítico podrán orientarnos sobre el sentido profundo del corte de pelo.

Todo grupo social logra su cohesión mediante la represión de una serie de tendencias individuales. Es decir, la vida en grupo exige que el individuo sacrifique ciertos impulsos, ciertas tendencias, que renuncie a la satisfacción de sus "instintos" individuales, en pro del bienestar común y del progreso cultural. Para Freud no cabía ninguna duda de que toda sociedad exige de sus individuos un porcentaje de represión instintiva. Si esta represión abarca únicamente lo imprescindible para la convivencia o se extiende incluso a lo innecesario —la represión sobrante de que habla Marcuse— es otro problema. En todo caso, vida social y represión individual van de la mano. Ahora bien, esta cohesión grupal se ve perpetuamente amenazada por la presencia de nuevos miembros. Cada nuevo individuo que llama a las puertas del grupo social representa un peligro en potencia, representa una amenaza a esa cohesión. La amenaza a la seguridad —individual o grupal— genera angustia. Es lógico, pues, que la sociedad edifique sus barreras contra esa angustia, que trate de defenderse contra esa eventualidad amenazadora. Esta defensa toma cuerpo en los ritos de iniciación. Mediante ellos, la sociedad elimina, real o simbólicamente, aquellos aspectos individuales que constituyen una amenaza para su seguridad. En los ritos de iniciación la sociedad priva a los individuos de aquellos rasgos que siente como peligrosos para su estabilidad, es decir, introduce a los individuos en la represión institucionalizada. Pasados estos ritos, el individuo ya es miembro de pleno derecho de ese grupo social.

Pero no sólo la sociedad se siente amenazada y angustiada por la presencia de nuevos miembros. También los individuos pasan por un proceso ansiógeno —generador de angustia— cuando llaman a las puertas del grupo social. El posible rechazo, el temor a no ser aceptados, la angustia ante la eventualidad de quedar desplazados, solos, es un mecanismo poderoso que predispone al individuo a aceptar las condiciones que el grupo quiera imponerle, con tal de ser aceptado. Así, dará la bienvenida a los ritos de iniciación, a pesar del dolor que estos le puedan ocasionar. Acepta el sufrimiento con tal de evitar la soledad y la angustia. De ahí esa ambivalencia afectiva, mezcla de dolor y placer, con que son recibidos por el individuo estos ritos.

¿Qué significado tiene, entonces, el ritual del corte de pelo? Se trata, evidentemente, de una mutilación real. Pero, más allá de este sentido manifiesto, hay un sentido latente, simbólico. Cortar el pelo constituye la

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

mutilación simbólica de aquellas tendencias individuales que angustian a la sociedad. En términos psicoanalíticos, se trata de una castración simbólica. El individuo es despojado de su peligrosidad, de su falo amenazador. El corte de pelo es, en el plano simbólico, una castración del individuo: se le priva de aquellos impulsos agresivos que se sienten como amenazadores para la cohesión social. El individuo castrado —eunuco—, reprimido, deja de ser un peligro social; ya puede entrar en el ámbito de los iniciados. Con ello, inconscientemente, la sociedad elimina su angustia respecto a esta posible amenaza individual y el propio individuo elimina su pánico a ser rechazado. Ya es uno más: ya es un universitario, un militar, un "iniciado".

Las distintas reacciones por las que nos preguntábamos al principio se nos presentan ahora en la claridad de su lógica psicodinámica. El joven aceptado en la Escuela Militar exhibirá orgullosamente su pelo corto, como una señal de su nuevo "status" social. El universitario patentizará, en una u otra forma, la ambivalencia de sus sentimientos. Aparentemente, tratará de huir al ritual. Sin embargo, en el fondo sabe que es necesario pasar por él y no deja de desearlo inconscientemente. En varias ocasiones hemos podido contemplar a algunos jóvenes que, intentando huir de la "corta", terminaban por encontrarse precisamente en el centro de las actividades rituales. ¿Casualidad? ¿Mala suerte? ¿O, más bien, un típico "acto fallido" freudiano, por el que "nolens volens" daban satisfacción a su inconsciente sin inquietar a su conciencia? Pasado el ritual, el joven se sentirá plenamente incorporado a la institución social del caso que, ahora sí, ya le recibe de pleno derecho.

Evidentemente, el caso del joven capturado por la policía a causa de la marihuana y a quien como castigo se le corta violentamente el pelo es muy distinto. El sentido del ritual es el mismo, como la misma es la razón psicodinámica frente a su persona —en este caso, la sociedad **ya** ha podido comprobar su "peligrosidad". Pero la disposición del individuo frente a la exigencia social es muy otra: él no quiere acceder al grupo social, a él no le interesa ser admitido por esa sociedad de los mayores. Si ha acudido a la marihuana es precisamente como una forma de escape, para eludir su conflicto con la institución social. No quiere ser castrado, no quiere superar su infancia, convertirse en adulto. Prefiere quedarse anclado en una postura infantil. En otras palabras, no quiere superar su complejo edípico. Por ello el corte de pelo será recibido como una agresión más, que fortalecerá su rebeldía. Pensar que cortando el pelo a los jóvenes fumadores de marihuana se va a obtener algún fruto positivo, es algo así como pensar que un borracho va a dejar de beber si se le cortan las uñas. Sin embargo, se trata de una lógica inconsciente, superior a cualquier tipo de razonamiento científico.

Es posible que no estemos dispuestos a aceptar que nosotros, hombres del siglo XX, seguimos teniendo ritos de iniciación, como los tuvieron nuestros antepasados a los que llamamos "primitivos". Lo que no podremos negar es que hoy, cuando la profesión de peluquero está bastante deteriorada, brotan por doquier una legión de peluqueros institucionales. Parece ser que con ellos la sociedad siente que "está haciendo algo". A fin de cuentas, una manera como otra cualquiera de seguir tranquilos.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas